

Alexandre Lacroix  
APRENDER A HACER EL  
AMOR

Traducción de María Morán López

arpa



## SUMARIO

INTRODUCCIÓN	9
1. El <i>freudporno</i> , el guion dominante	15
2. Sobre la noción de «preliminares»	23
3. Sobre la ropa	29
4. Sobre el uso de la palabra	35
5. Sobre el «Te quiero»	41
6. Sobre la risa y las sonrisas	45
7. Sobre el hábito	49
8. Sobre la diferencia entre límites y preferencias	55
9. Sobre los errores	61
10. Sobre el hecho de creer	65
11. Sobre el ritmo	73
12. Sobre la inmovilidad	81
13. Sobre los cambios de postura	85
14. Sobre los gritos	95

15. Sobre la curiosidad activa	101
16. Sobre lo voluntario e involuntario	105
17. Sobre la caricia y el apretón	109
18. Sobre la brutalidad	115
19. Sobre la dominación masculina	119
20. Sobre ver de cerca	127
21. Sobre los detalles del cuerpo	131
22. Sobre la reificación	143
23. Sobre el diálogo de las conciencias	151
24. Sobre la elasticidad del tiempo	161
25. Sobre la finalidad	165
26. En el «justo al borde»	179
27. Sobre el placer que nos produce el placer del otro	183
28. Sobre el orgasmo (de nuevo)	185
29. Sobre las lágrimas	191
30. Sobre los comentarios posteriores	193
31. Sobre el sueño posterior	195
CONCLUSIÓN	197
BIBLIOGRAFÍA	203

## INTRODUCCIÓN

Que aprender a hacer el amor sea una cuestión para la filosofía, y no solo para la sexología o la psicología, puede sorprender a primera vista. Sin embargo, una simple observación sobre la experiencia del deseo es suficiente para convencerse de ello.

Desde las primeras líneas de sus *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), obra que ha influido decisivamente en las costumbres de nuestra modernidad, Sigmund Freud plantea el concepto de «pulsión sexual» o *libido*, que propone definir como «analogía con la pulsión de comer: el hambre». Pero esta comparación no funciona. En el caso del hambre o la sed, obtener una satisfacción plena, o al menos una extinción temporal de estos apetitos, está al alcance de todos: un plato de espaguetis o un vaso de agua bastan. Por supuesto, siempre habrá quien prefiera exquisiteces, exigiendo un estofado de conejo o una bandeja de marisco acompañada de un buen vino, pero no cabe duda de que la necesidad inicial —el hambre o la sed— se

satisface fácilmente, y deja de sentirse mientras dura la digestión.

No hay nada tan automático en la sexualidad. Desde un punto de vista estrictamente fisiológico, todos llevamos con nosotros, allí donde tenemos un mínimo de intimidad, una forma muy accesible de aplacar el impulso sexual: la masturbación. En nuestras sociedades, en las que este acto se considera más bien saludable o, al menos, ya no es vilipendiado como un pecado, bastantes personas, adolescentes o adultos, hombres o mujeres, se masturban regularmente. Sin embargo, hay que decir que la frustración está lejos de haber desaparecido. A veces adquiere proporciones obsesivas, aunque la tensión en los genitales se alivie técnicamente varias veces a la semana.

Algunos objetarán que la estimulación de los orgasmos genitales o el orgasmo son demasiado prosaicos, que también es indispensable una dimensión relacional, que la saciedad del deseo sexual presupone el contacto con el otro, que el placer llega a través de un encuentro. Pero este argumento psicológico o moral tampoco se sostiene. Muchas personas mantienen relaciones sexuales regulares con una o varias parejas, acompañadas de un afecto sincero (pensemos en el matrimonio, en la conyugalidad), y esto no impide en absoluto que sientan que todavía falta sexo, que no está del todo bien, que debería ser mejor... En definitiva, no se sienten realizados.

Así pues, nos encontramos en el umbral de una cuestión genuinamente filosófica: ¿Qué tiene de especial

el deseo sexual que hace imposible garantizar su realización? ¿Qué es esta búsqueda de una ruptura con las circunstancias normales de la existencia, de una satisfacción esencial, de un éxtasis que impulsa la sexualidad humana?

En este ensayo, seguiré un método que es indudablemente cuestionable, pero que tiene el mérito de la claridad. Los filósofos de la Antigüedad, con Sócrates a la cabeza, buscaban la definición de la vida buena. La vocación primordial de la filosofía era ofrecernos representaciones de la vida que realmente vale la pena vivir, un proyecto que la disciplina ha tendido a descuidar en los tiempos modernos. Por mi parte, intentaré dar una definición, o mejor dicho, una descripción filosófica completa del buen sexo, es decir, del *polvo perfecto*. Procederé en capítulos cortos, cada uno será como una lección objetiva, que tratará de una faceta o aspecto del acto sexual. Por el camino, me apartaré con toda franqueza del modelo de sexualidad hegemónico en nuestras sociedades occidentales, al que he decidido dar el nombre de *freudporno* (este término se explicará en el próximo capítulo).

Obviamente, esta descripción del polvo perfecto, que barre las preocupaciones ordinarias, el cual inunda las horas y a veces los días siguientes con una alegría que se siente de pies a cabeza, es una utopía. A nivel global, los demógrafos calculan que cada año se producen más de ciento noventa mil millones de encuentros sexuales entre humanos. A nivel individual, es razonable decir que tenemos relaciones sexuales entre cinco y diez mil

veces en la vida. ¿Cuántas de ellas son memorables? En la práctica cotidiana solo encontramos algunos componentes de la relación sexual ideal, siempre de forma fragmentaria e incompleta.

Sin embargo, si se desconfía de las utopías políticas, si a menudo conducen al desastre en cuanto se intentan realizar, apostemos por que una utopía erótica no puede hacer daño, sino que nos permitirá explorar y profundizar en los momentos que dedicamos a abrazarnos, dándonos un horizonte más abierto.

Como la controversia y la sospecha son inevitables cuando se trata de la sexualidad, me gustaría añadir tres aclaraciones antes de entrar en materia.

En primer lugar, el punto de vista que dominará estas páginas es masculino y heterosexual. Aquí no hay ostracismo, ni hacia las mujeres heterosexuales, ni hacia las lesbianas, gais, bisexuales o queer. Al contrario. Lo que ocurre es que, en este campo, los conocimientos solo se adquieren marginalmente a través de los libros, y solo se puede mantener un discurso creíble y bien fundamentado si se habla desde la experiencia. Por lo tanto, es sobre la base de mi propia experiencia, de mis observaciones, sobre las que he desarrollado la esencia de estas reflexiones. Resulta que soy un hombre y además heterosexual. A pesar de ello, quiero creer que la mayoría de las cuestiones que voy a explorar o de las tesis que voy a sostener pueden trasponerse a registros de sexo o género distintos del mío. No todo, pero sí una gran parte. En lugar de aventurarme en ámbitos en los que no tengo legitimidad, prefiero dejar a mis lectoras y lectores



que realicen ellos mismos las trasposiciones pertinentes para que evalúen en qué medida las ideas defendidas aquí y allá se aplican a sus propias preferencias y prácticas, cuando estas difieren de las mías. No quiero hablar en nombre de nadie y, no obstante, me dirijo a todos. Este ensayo no pretende reiterar o imponer los prejuicios de la dominación masculina, sino identificar lo que es valioso y universal del placer sexual desde la perspectiva de un hombre heterosexual.

En segundo lugar, he optado por utilizar la expresión «hacer el amor», que algunos probablemente considerarán anticuada o demasiado romántica. En el lenguaje común, diríamos «acostarse» o «follar», y cada vez más jóvenes recurren al neologismo «tener sexo»; pero el fallo de estos términos es que reducen el acto a su dimensión física y concreta. La gran ventaja que veo en «hacer el amor» es que significa, de entrada, que el juego de los cuerpos no lo es todo, que las emociones y los sentimientos se despiertan, se agitan en el transcurso del acto sexual. Al utilizar «hacer el amor», no asumo que uno esté necesariamente *enamorado*, y en este libro el término se aplica tanto a una relación dentro de una pareja estable y asentada como a un rollo de una noche.

Una última aclaración, una parte considerable de lo que se escribe en la filosofía contemporánea sobre ética sexual gira en torno al consentimiento, a los delitos sexuales o a los casos polémicos, como el sadomasoquismo, el *bondage*, la prostitución, las *sextapes*, la zoofilia, etc. Se desarrolla una casuística sofisticada; se pregunta en qué contextos y en qué condiciones un acto tan poco

frecuente desde el punto de vista estadístico es moralmente aceptable o, por el contrario, censurable, y qué límites deben fijarse para su libre realización. La discusión de estos casos es aún más importante, las opiniones son apasionadas, ya que estas cuestiones se encuentran en las denuncias presentadas en las comisarías y los tribunales. Pero me temo que esto no ayuda a que cada uno reflexione sobre su propia sexualidad, cuando no es ni extrema ni transgresora con respecto a la ley, cuando no constituye un crimen o un delito, y cuando tampoco es condenable éticamente. Asumiré que se trata de adultos que se desean mutuamente, cuyo objetivo es obtener placer y darlo, y que no siempre lo consiguen, lo que me parece la configuración más frecuente con diferencia. En otras palabras, lo que me interesa es la sexualidad banal, la que se improvisa día y noche en la mayoría de los dormitorios (y a veces en otros lugares más insólitos), y que puede ser fuente de felicidad, de energía vital inagotable o de preocupación, de mal humor y de esperanzas no cumplidas.

En resumen, estoy empeorando las cosas: no solo soy un hombre blanco heterosexual, sino que además voy a tratar principalmente la sexualidad «casera», aquella que se desarrolla entre personas que se gustan y se atraen, donde no hay manipulación, ni intención de hacer daño, ni una puesta en escena enrevesada, donde se alcanza intensamente el misterio de la condición humana.